

# LA VIDA EN UNA MALETA

RELATOS DE DESPLAZAMIENTO EN ECUADOR



**UNHCR  
ACNUR**  
La Agencia de la ONU  
para los Refugiados



Durante más de dos décadas, Ecuador ha sido un país de acogida para miles de personas que han tenido que huir de sus hogares a causa de la violencia, la persecución y crisis en sus países de origen. Detrás de cada cifra hay una historia. Detrás de cada desplazamiento, una pérdida, pero también una posibilidad de reconstrucción.

Durante los últimos 26 años, ACNUR, la Agencia de la ONU para los Refugiados, ha acompañado al Estado ecuatoriano y a las comunidades de acogida en brindar una respuesta integral a las personas que han buscado aquí un lugar donde rehacer sus vidas. “La vida en una maleta: relatos de desplazamiento en Ecuador” es una iniciativa que reúne voces que durante mucho tiempo permanecieron en silencio. Son historias de mujeres y hombres que, al llegar a Ecuador, tuvieron que empezar de cero: sin recursos, sin redes, sin certezas. Pero, más que ser definidas por las dificultades de sus trayectos, estas personas rescribieron sus historias en experiencias de resiliencia, de esfuerzo y de contribución a las comunidades que hoy les acogen en Ecuador.

Agradecemos a las siguientes personas por compartir sus historias

Alejandra Bagur  
Ana María Sánchez  
Anzoni Medina  
Betty Colmenares  
Consuelo Calderón  
Daneli Bencomo  
Diana Cerezo  
Dilia Tello  
Francisco Castro  
Gladys Vargas

Isabell Correia  
Jennifer Zambrano  
Jhon Castro  
Kevin Estrada  
Leidy Zabala  
Luis Giménez  
Ma. Eugenia Delgado  
Marbella Rojas  
Martha Mimalchi

Norelis Romero  
Oscar Bonilla  
Osman Huelva  
Refugiadas de Arterapia  
Robert Tigrera  
Rodrigo Morales  
Yuliana Montevideo

# CONTENIDOS



|  |                                       |
|--|---------------------------------------|
| Anzoni, El Ángel ..... <b>04</b>         | Jhon, Quito ..... <b>43</b>           |
| Betty, Manta ..... <b>07</b>             | Kevin, Tulcán ..... <b>46</b>         |
| Ana María, Esmeraldas ..... <b>10</b>    | Leidy, Lago Agrio ..... <b>49</b>     |
| Daneli, Manta ..... <b>13</b>            | Luis, Guayaquil ..... <b>52</b>       |
| Consuelo, Lago Agrio ..... <b>16</b>     | Marbella, Guayaquil ..... <b>55</b>   |
| Francisco, Lago Agrio ..... <b>19</b>    | Ma Eugenia, Guayaquil ..... <b>58</b> |
| Isabell, El Coca ..... <b>22</b>         | Martha, San Gabriel ..... <b>61</b>   |
| Gladys, San Lorenzo ..... <b>25</b>      | Óscar, Quito ..... <b>64</b>          |
| Alejandra, Guayaquil ..... <b>28</b>     | Robert, Quito ..... <b>67</b>         |
| Arte terapia, Lago Agrio ..... <b>31</b> | Osman, Tulcán ..... <b>70</b>         |
| Diana, Esmeraldas ..... <b>34</b>        | Norelis, Manta ..... <b>73</b>        |
| Dilia, La Paz ..... <b>37</b>            | Rodrigo, San Lorenzo ..... <b>76</b>  |
| Jennifer, Tulcán ..... <b>40</b>         | Yuliana, Esmeraldas ..... <b>79</b>   |



# Anzoni, El Ángel

Nací en el estado Falcón, en Venezuela, y durante varios años trabajé como docente en un liceo de mi comunidad. Mi vida giraba entre el aula y mi familia. Enseñaba en las tardes y en las mañanas. Junto a mis padres buscábamos cómo sostenernos en medio de la crisis. Las colas para conseguir alimentos eran parte de la rutina. Había días en que debía levantarme de madrugada para comprar pañales o comida, y aún así no siempre se lograba.

Todo cambió cuando mi hijo se enfermó. Yo tenía dinero, pero no había medicamentos en ninguna farmacia. Recorrí lugares, pedí ayuda, y aun así no conseguí nada. Verlo con fiebre sin poder hacer nada me marcó profundamente. Ese día entendí que no podía seguir así. Sentí que en cualquier momento podía perder a mis hijos. Fue lo que me impulsó a salir.

Mi primera idea era irme a Curazao en un viaje irregular. Ya estaba todo listo, incluso había hecho un pago. Pero el viaje se suspendió. Un mes después, esa misma lancha desapareció con 32 personas. Entre ellas estaba un padrino mío. Ese hecho me hizo ver que la vida me estaba dando otra oportunidad.

Decidí irme hacia Ecuador. Salí el día del cumpleaños de mi hijo mayor. Fue un viaje largo, primero en autobús hasta la frontera, luego a pie cruzando hacia Colombia, y después varios días más por carretera hasta llegar al Carchi. Llegué con el cansancio encima, con miedo, pero también con esperanza. De Venezuela traje pocos objetos, pero muy importantes. Aún conservo la billetera de mi papá, donde guardo fotos de mi familia y pequeños recuerdos que me mantienen conectado con lo que fui. Son cosas que no tienen valor material, pero sí emocional.



**“Llegué con el cansancio encima, con miedo, pero también con esperanza”.**





Cuando llegué, unos familiares me recibieron. No tuve que dormir en la calle, pero igual sabía que debía empezar desde cero. Conseguir trabajo no fue sencillo. Empecé haciendo lo que saliera, trabajos ocasionales, aprendiendo incluso nuevas formas de hablar, nuevas costumbres. Poco a poco fui ganándome la confianza de las personas.

Terminé trabajando en un negocio local, y con el tiempo me enseñaron a vender frutas y verduras. Aprendí desde elegir los productos hasta atender a los clientes según lo que podían pagar. Esa forma de trabajo me marcó, porque entendí que no era solo vender, sino responder a la realidad de las personas.

Con esfuerzo, y gracias a un apoyo que recibimos, mi esposa y yo pudimos abrir nuestro propio negocio. Empezamos con muy poco, usando tablas y cajas como estanterías. El primer día ya teníamos clientes. La gente confiaba en nosotros porque conocía nuestro trabajo.

Hoy tengo mi negocio junto a mi familia. Hemos crecido poco a poco. Mi sueño es poder algún día comprar un terreno y construir nuestra casa aquí. Aunque no ha sido fácil, siento que todo el camino ha valido la pena.

**“De Venezuela traje pocos objetos, pero muy importantes. Aún conservo la billetera de mi papá... y pequeños recuerdos que me mantienen conectado con lo que fui”.**





# Betty, Manta

Nací en el estado Táchira, en Venezuela, donde trabajé como licenciada en Administración de Recursos Humanos. Mi vida transcurría entre el trabajo, mi familia y mis pequeños hobbies: hacer tortas, manualidades y costura. Era una vida sencilla, pero estable. Todo cambió cuando la situación empezó a empeorarse. El dinero dejó de alcanzar, los alimentos comenzaron a escasear y la incertidumbre se volvió parte de nuestro día a día.

Soy madre de tres hijos, y ver que no podía garantizarles lo básico fue lo que me impulsó a salir. Mi hija mayor fue la primera en venir a Ecuador, y luego de un cáncer que logré superar, decidí seguirla. Me vine con mi hijo pequeño, dejando a mi otra hija al cuidado de mi mamá, con el corazón dividido, pero con la esperanza de reunificarnos.

El viaje duró tres días. Salí con lo esencial en mi maleta: ropa básica, algunos recuerdos de mi familia, fotos de mis padres y de mis hijos, y, sobre todo, mis utensilios de repostería: moldes y una pequeña batidora. No eran muchas cosas, pero para mí representaban una posibilidad real de volver a empezar, de reconstruir mi vida con lo que sabía hacer.

Cuando llegué, todo era distinto. Llegué con miedo, con incertidumbre, sin saber qué iba a pasar. Mi primer trabajo fue vendiendo periódicos en la calle. Lo hice con dignidad, porque entendí que cualquier trabajo era válido cuando se trata de salir adelante.

Poco a poco fui retomando lo que me gustaba: la repostería. Empecé haciendo pequeñas tortas, postres sencillos, vendiendo en la calle, en gasolineras, donde pudiera. Luego conseguí una oportunidad en una panadería, donde aprendí desde cero a trabajar con nuevas técnicas. No fue fácil, pero insistí, observé, practiqué y fui mejorando.

**“Porque aprendí que empezar de nuevo no es perderlo todo, sino volver a construir, con más fuerza y con propósito.”**



© ACNUR/Omar Ganchala



Durante la pandemia volví a empezar desde abajo. Con apenas cinco dólares, y junto a mi hija, comenzamos a fabricar mascarillas. Eso nos permitió sostenernos y, poco a poco, levantar nuevamente nuestro camino. Gracias a esto y con esfuerzo, logramos reunir a nuestra familia y hoy estamos juntas en Ecuador.

Luego tuve que enfrentar nuevamente al cáncer, y lo volví a superar. Esa experiencia me hizo más fuerte y reafirmó mi propósito: sacar adelante a mis hijos y construir algo propio.

Hoy tengo un emprendimiento de repostería junto a mi hija, donde hacemos tortas, postres y productos personalizados. No es grande aún, pero es nuestro. Cada cliente es un paso más en este camino que hemos construido con esfuerzo.

Ecuador se convirtió en nuestro hogar. Aquí encontramos oportunidades, apoyo y nuevas raíces. Mi sueño es seguir creciendo, tener una pastelería grande, trabajar con mi familia y dar empleo a otros.





**Ana María,**  
*Esmeraldas*

Nací en Cali, Colombia, y durante muchos años construí mi vida allí. Era una mujer inquieta, trabajadora, siempre aprendiendo algo nuevo: estilista, manicurista, cocinera, incluso estudié teología. Tenía mi salón de belleza y un negocio de comidas rápidas. Me sentía bien, tenía lo mío, mi espacio, mi forma de salir adelante.

Pero todo cambió de un momento a otro. Un día intentaron reclutar a mi hijo en un grupo armado. Nos dieron 24 horas para entregarlo. Si no, nos mataban a los dos. No hubo tiempo para pensar. Ese mismo día, en la noche, ya estábamos saliendo. Dejamos todo atrás: la casa, el negocio, nuestra vida entera.

El camino hacia Ecuador fue duro. Pasamos por tierra, por río, por trochas. Hubo tramos en moto, atravesando zonas donde sabíamos que había presencia armada.

Era moverse con miedo, en silencio, tratando de no ser vistos. Cada paso era incertidumbre. Pero lo único que importaba era llegar a un lugar seguro.

## “Cuando llegamos a Ecuador, no teníamos nada.”

Con apenas diez dólares. Buscamos el hotel más barato y pasamos la noche sin saber qué venía al día siguiente. Poco a poco fuimos entendiendo cómo empezar. Nos acercamos a instituciones, iniciamos el proceso para regularizarnos y comenzamos desde cero.

Los primeros años fueron muy difíciles. Trabajé en lo que había: peluquería, ventas, reciclaje. Pasé momentos de discriminación, de sentir que no encajaba. Pero siempre he sido una mujer que no se rinde. Me repetía a mí misma que si había salido adelante antes, podía hacerlo otra vez.

Cuando encontré un lugar en donde vivir, no había casi nada en la zona: unas pocas casas, calles sin construir.



Con el tiempo me fui involucrando en la comunidad. Empecé ayudando, como siempre lo había hecho, y sin darme cuenta fui asumiendo liderazgos.

No fue fácil. Ser mujer y extranjera en ese rol generó rechazo. Pero yo tenía claro lo que quería: una comunidad donde las mujeres no vivieran con miedo, donde las niñas y niños estuvieran protegidos. Me formé, aprendí sobre derechos, y poco a poco comenzamos a cambiar las cosas.

Hoy veo resultados. Las mujeres ya conocen sus derechos, los y las niñas crecen en un ambiente más sano, la comunidad es más unida. Para mí, que ningún joven haya caído en caminos peligrosos es uno de los mayores logros.

Después de muchos años logré tener nuevamente mi negocio. Un pequeño salón, sencillo, en el segundo piso de un edificio. No es fácil, no tiene mucho movimiento, pero es un nuevo comienzo. Lo construí poco a poco, con apoyo, con esfuerzo, con lo poco que tenía.

Sigo soñando. Quiero que mi negocio crezca, tener más estabilidad, poder vivir con tranquilidad. No es fácil, aún hay días en que apenas alcanza para lo sustancial, pero sigo adelante.

Ecuador se convirtió en mi hogar, el lugar donde volví a empezar. Y aunque dejé mucho atrás, aprendí que la fuerza está en no quedarse en el dolor, sino en transformar la vida.

**“Poco a poco fuimos entendiendo cómo empezar.”**



© ACNUR/Omar Ganchala



# Daneli, Manta



Nací en el estado Aragua, en Venezuela, donde construí mi vida como profesora de Educación Inicial. Amaba profundamente mi vocación. Mis días estaban llenos de niños y niñas, de aprendizajes, de acompañar a otros docentes y de trabajar en la zona educativa. Me sentía realizada, haciendo lo que siempre había soñado.

Pero con el tiempo, la situación del país cambió drásticamente. Mi salario apenas alcanzaba para lo más básico. No podía garantizar la alimentación ni los tratamientos médicos que mi hija necesitaba. Empecé a deteriorarme físicamente, hasta que un día me miré al espejo y entendí que no podía seguir así. Salir del país dejó de ser una opción y se convirtió en una necesidad.

En 2019 salí con mi hija y una sola maleta, donde apenas cabían unas pocas cosas: su camiseta de la selección venezolana, otra de su equipo de béisbol favorito, unos aretes muy significativos para mí, un bolso con valor sentimental, algunas fotos familiares y unos pocos objetos personales que representaban mi historia. Más que objetos, llevaba recuerdos y sueños.

El viaje fue largo y difícil. En la frontera recibimos un pequeño kit de alimentos con atún, galletas, agua, que compartí con mi hija. Recuerdo un momento, cuando ella no supo cómo comer una fruta. Ahí entendí que había tomado la decisión correcta. No podíamos seguir viviendo así.



Llegué a Manta con miedo, incertidumbre y sin saber por dónde empezar. Dormíamos en colchonetas improvisadas y cada día era un reto. Mi primer trabajo fue vendiendo en la calle, luego en tiendas, aprendiendo a moverme en un entorno completamente nuevo.

Poco a poco comencé a reconstruirme. En medio de una depresión fuerte entendí que necesitaba ocuparme y salir adelante. Empecé a formarme, a aprender nuevas habilidades, hasta que encontré una oportunidad en algo inesperado: la elaboración de bolones. Así nació mi emprendimiento.

Hoy tengo un negocio llamado “Paraíso de Manta”, donde vendo productos que poco a poco han ido ganando aceptación. Cada utensilio que tengo hoy es el resultado de esfuerzo, de pequeños logros que me recuerdan cuánto hemos avanzado.

Ecuador se convirtió en mi hogar. Aquí encontré oportunidades, personas que me apoyaron y un espacio donde pude volver a empezar. Mi sueño ahora es tener un local propio, expandir mi emprendimiento y generar oportunidades para otros.

Si algo he aprendido, es que siempre habrá obstáculos, pero también aprendizajes. Hoy sigo caminando, convencida de que todo lo que soñamos, con esfuerzo y fe, se puede convertir en realidad.

**“Hoy sigo caminando, convencida de que todo lo que soñamos con esfuerzo y fe, se puede convertir en realidad”.**





# Consuelo, Lago Agrio

Nací en Belén de los Andaquíes, en el Caquetá, en Colombia. Crecí en una familia tranquila, rodeada de campo, de trabajo y de hermanos. Era la única mujer entre cuatro hombres, y mi vida transcurría entre los estudios, la casa y las visitas a la finca de mis padres. Todo parecía normal, una vida sencilla, pero llena.

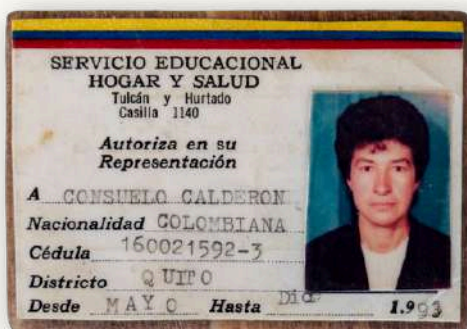
Esa tranquilidad se rompió cuando la violencia empezó a marcar nuestras vidas. En la región dominaban grupos armados irregulares y había reglas que no se podían romper. Cuando mi hermano y mi sobrino fueron reclutados para el servicio militar, eso nos puso en peligro. Allí entendí que quedarnos ya no era posible. Cada decisión podía significar la vida o la muerte. Mi familia se dispersó: cada uno buscó cómo salvarse. Yo tenía 19 años cuando hui.

Me fui de noche, en silencio. Llevaba un bolsito pequeño, unas pocas prendas, una foto de mi familia y mi Biblia. Eso era todo. Crucé hacia Ecuador como pude, en esos carros improvisados que recorrían la frontera. Dejaba atrás todo lo que era mío sin saber si volvería a verlo.

Años después regresé a Colombia pensando que la situación había mejorado. Quería encontrar a mi familia, recuperar algo de lo que había perdido, pero me enteré de que mis padres habían muerto y de mis hermanos no supe más.

Ese regreso se convirtió en uno de los momentos más duros de mi vida. Intentando volver a Ecuador, fui retenida por un grupo armado que me confundió con médica y no me dejó salir.

“Mi historia no es solo de dolor, es de resistencia y de fe.”



Me obligaron a quedarme, y cuando finalmente logré escapar, fue caminando durante días por la selva, con hambre y agotada. Caminé tanto que ya no sentía el cuerpo. Mi pie se llenó de espinas, la infección avanzó y llegué a Ecuador casi sin fuerzas.

Recuerdo verme en un espejo y no reconocirme. Estaba sucia, herida, irreconocible. Llegué a Quito y pasé días en el hospital. Querían amputarme la pierna, pero me negué. Prefería perder la vida antes que perder una parte de mí. Con el tiempo me recuperé, y volví a empezar.

En Ecuador construí mi vida desde cero. Trabajé como modista. Crie a mi hijo con ese esfuerzo. Aprendí a arreglármelas sola, a no esperar nada de nadie. Durante mucho tiempo no supe de apoyos, ni de organizaciones, ni de derechos. Solo sabía que había que seguir.

Hoy, sigo aquí. La vida me dio una nueva oportunidad. Empecé un emprendimiento con harina de yuca, algo que nació gracias al apoyo de organizaciones.

Ahora trabajo con mis manos, con esfuerzo, como siempre lo he hecho. No es un camino fácil, pero así toca.

He aprendido a soltar el pasado. Perdí a mi familia, perdí mis cosas, pero no perdí las ganas de vivir. Ecuador es mi hogar. Aquí encontré gente buena, solidaridad, y la posibilidad de seguir adelante.

Mi historia no es solo de dolor. Es también de resistencia, de fe y de seguir caminando, incluso cuando el camino parece imposible.



**“Seguí caminando incluso cuando el camino parecía imposible.”**



© ACNUR/Diana Díaz

# Francisco, *Lago Agrio*



Nací en un pueblo en el Caquetá, Colombia. Allí construí mi vida con esfuerzo. La cocina siempre fue mi camino, mi forma de salir adelante. Tenía mi negocio, una pizzería grande donde preparábamos de todo: pizzas, lasañas, raviolis. Era una vida sencilla, pero era mía.

Todo cambió repentinamente.

A veces uno no entiende por qué le toca vivir ciertas cosas. Un día me dijeron que me iban a matar, que tenía horas. Así, sin más.

Cuando la vida de uno entra en juego, no hay tiempo para pensar demasiado. Tenía hijos pequeños, una familia que proteger. Salí sin nada. Dejamos todo atrás: la casa, las cosas, los recuerdos.

El camino fue duro, sin poder dormir, cuidando que no nos pasara nada en la carretera. Eran tiempos difíciles, con mucha violencia. Uno aprende a estar alerta, a no cerrar los ojos.

Llegamos a Lago Agrio, en Ecuador, hace 23 años. Uno llega a un lugar donde no conoce a nadie, donde todo es distinto. La cultura, la forma de vivir, la gente. Pero también hay cosas que marcan el corazón: personas que te abren la puerta sin conocerte, que te dicen “aquí estás bien, aquí puedes quedarte”. Eso no se olvida.

Al principio vivíamos en un cuartito, apretados. No tenía documentos, no podía ni cobrar un dinero que me enviaron. Era frustrante, pero había que seguir. Yo me colgaba la masa al hombro y salía a vender pizza por las calles. A veces ganaba cuatro dólares en todo el día vendiendo porciones a cincuenta centavos. Con eso seguíamos.

Poco a poco fuimos avanzando. Nos cambiamos de un lugar a otro, buscando dónde trabajar mejor. Hubo momentos difíciles, incluso situaciones de riesgo donde pensé que todo podía terminar mal otra vez. Pero me aferré a algo: yo no quería irme de Ecuador. Este país me había dado algo que no se explica fácil: afecto, una sensación de pertenencia.

Con mucho esfuerzo logré comprar un terreno. Tuve que negociar, endeudarme, arriesgarme. Pero levanté mi casa. Tener un lugar propio, donde dormir tranquilo, eso no tiene precio. Es una de las mayores alegrías que puede tener alguien que llega como refugiado.



Hoy, después de tantos años, tengo mi negocio. La pizza sigue siendo mi vida. Más que un trabajo, es lo que me permitió reconstruirme. Aquí crecieron mis hijos, aquí nacieron mis nietos. Ellos son ecuatorianos, y eso también me hace sentir parte de este país.

He aprendido que desplazarse es dejarlo todo, pero también es aprender a soltar el pasado. Yo decidí no vivir de lo que perdí, sino de lo que puedo construir hoy. La vida me enseñó que la humildad abre puertas, que el respeto es fundamental y que uno mismo construye el trato que recibe.

**“Ecuador no solo me recibió, me dio una oportunidad de vivir en paz. Y eso, para alguien que tuvo que huir, lo es todo”.**



# Isabell, El Coca



Nací en Venezuela, en el estado Aragua, en una familia sencilla. Mi papá era agricultor y mi mamá trabajaba en casas y restaurantes para sacarnos adelante.

Crecí rodeada de esfuerzo, de cariño, de momentos que ahora conservo en fotos: mis padres jóvenes, mis hermanos, mis primeros pasos, mis estudios. Siempre me gustó la belleza.

Recuerdo a mi tía enseñándome a hacer uñas, como si en esos pequeños gestos me estuviera dejando algo más que un oficio: una forma de cuidar a otros.

Pero llegó un momento en que la vida cambió de un día para otro. La inseguridad dejó de ser algo lejano. Una amenaza se volvió real cuando intentaron secuestrarme junto a mi hijo mayor. Ese día entendí que no podía quedarme. No hubo tiempo para despedidas largas: tomé lo más importante: las fotos, los recuerdos, lo que prueba que una tuvo una vida. Al día siguiente me fui.

Mi primer destino fue Colombia. Recuerdo ese viaje largo en bus, cruzando la frontera sola, con miedo y esperanza al mismo tiempo. Fueron tres días mirando por la ventana sin dormir, como si necesitara aprenderme el camino por si tocaba regresar. Llegué a Bogotá. Era una ciudad que no te dejaba respirar, donde uno no vive, sino que sobrevive. Allí pasé casi cinco años. Nació mi segundo hijo.



Trabajé, intenté construir algo, incluso tuve un negocio de comida rápida, pero no era lo mío. A pesar de todo, Colombia también me enseñó a resistir, a seguir adelante incluso cuando el entorno no te abraza.

Vine a Ecuador buscando acercarme a mi mamá, aunque la vida tenía otros planes y ella falleció. Llegué con mis hijos y con la incertidumbre de empezar otra vez. Al principio trabajé en lo que encontré: una discoteca, luego en una casa. Pero poco a poco se abrieron otras oportunidades. Encontré un curso de belleza, volví a conectar con eso que siempre había amado, y me aferré a esa posibilidad.

Ese fue el punto de quiebre. Me formé como manicurista, participé en una exposición y gané un capital semilla. Con eso levanté mi propio negocio. Lo llamé “Vanidosa Ismi”, un nombre que lleva la esencia de mis hijos y de lo que creo: que la belleza no es superficial, es una forma de sentirse bien, de recuperar la confianza, de volver a mirarse con cariño.

Hoy tengo mi local en El Coca. Aquí encontré algo que no esperaba: cercanía, cultura, gente que se parece a la mía. A veces siento que sigo en Venezuela, en lo bueno. Mis hijos estudian, están felices, y yo también.

Sueño con crecer, con tener varios salones y darles la oportunidad a otras mujeres que, como yo, empezaron sin experiencia y solo necesitaban que alguien creyera en ellas. Porque desplazarse no es solo dejar un país, es reconstruirse desde cero. Y yo decidí hacerlo con las manos, con la belleza, y con la esperanza de que siempre se puede empezar de nuevo.

**“No hubo tiempo para planificar ni despedidas largas. Tomé lo más importante”.**



© ACNUR/Diana Díaz



Nací en Buenaventura, en Colombia, y durante muchos años mi vida estuvo profundamente ligada al servicio comunitario y a la Iglesia. Me dedicaba a la catequesis, a la danza folclórica y al acompañamiento de personas en los barrios, incluso desde mi formación como auxiliar de enfermería. Siempre me gustó ayudar, estar cerca de la gente, servir.

Pero todo cambió cuando empecé a ser señalada y perseguida. Un hombre que se hacía pasar por sacerdote comenzó a hostigarme, a deslegitimar el trabajo comunitario que hacía, a acusarme injustamente. Después vinieron amenazas más graves, esto es de especial cuidado en Buenaventura, donde también operan grupos armados. La situación se volvió insostenible. Me tocó salir, moverme de un lugar a otro, hasta que entendí que debía dejar el país.

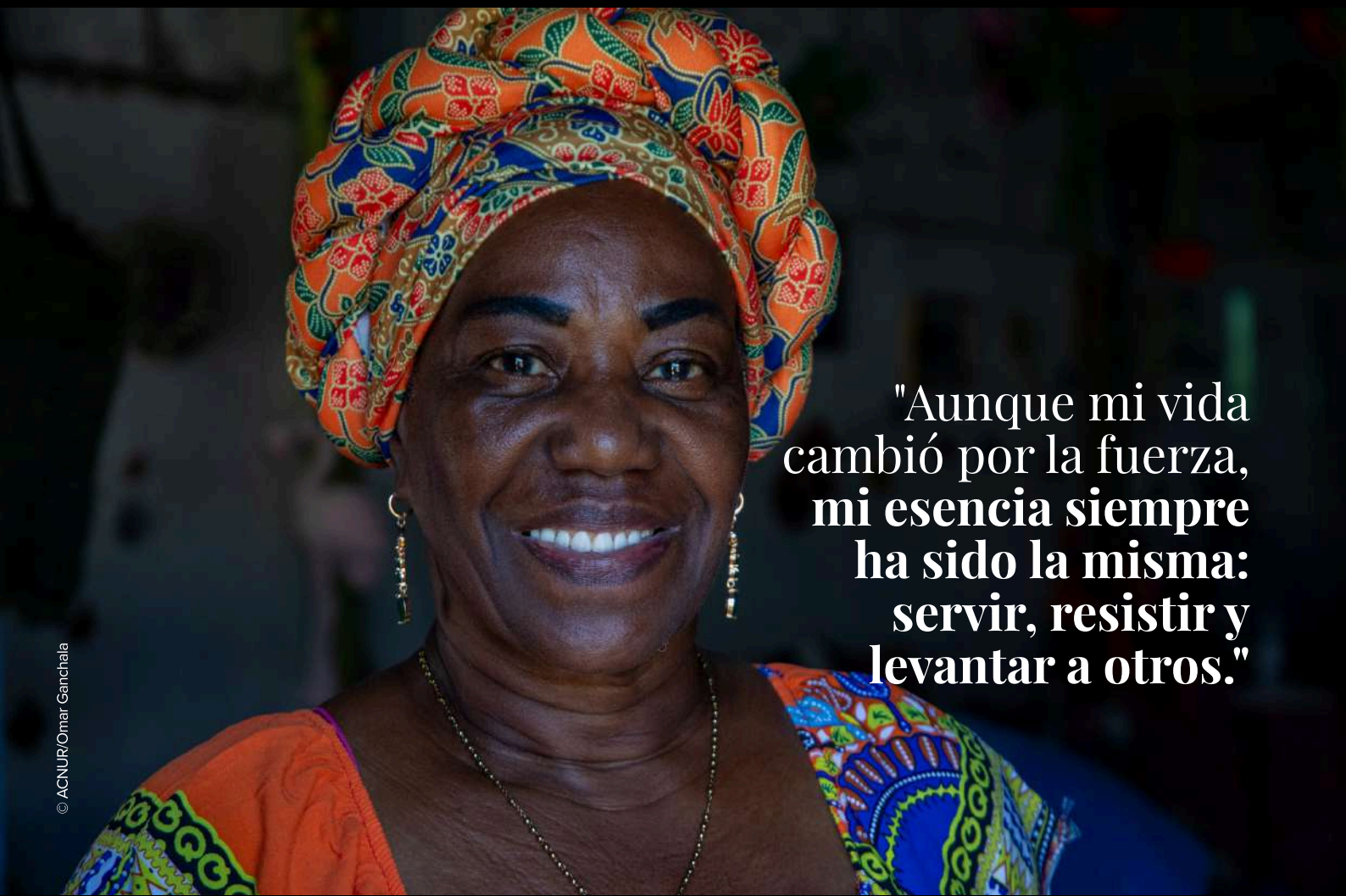
No fue una decisión fácil. Dejé a mis hijos allá. Salí con un grupo de amigas, enfrentando un viaje muy duro por el mar.

Pasamos días en lugares improvisados, con miedo constante, con presencia de grupos armados que controlaban el territorio.

Llegamos finalmente a San Lorenzo, en Ecuador, donde unas personas conocidas nos recibieron.

Al inicio todo fue difícil. Hubo mucha discriminación. Nos señalaban, nos juzgaban sin conocernos. Pero poco a poco fui encontrando mi espacio. Empecé trabajando en un pequeño negocio, luego administrando un bar, y más adelante inicié mis propios emprendimientos.

Recibí apoyo de organizaciones como ACNUR y otras, que me brindaron capacitaciones y pequeños créditos. Con apenas 300 dólares inicié mi primer negocio: vendía ropa, caminaba con una carretilla por el pueblo, y también hacía tamales colombianos. Con eso fui creciendo, pagando mis deudas, reinvertiendo y aprendiendo.



**"Aunque mi vida  
cambió por la fuerza,  
mi esencia siempre  
ha sido la misma:  
servir, resistir y  
levantar a otros."**

Con el tiempo me convertí en lideresa comunitaria. Empecé a participar en asociaciones, a compartir lo que aprendía, a acompañar a otras personas en procesos similares. Hoy sigo trabajando en proyectos comunitarios, organizando a las mujeres, apoyando iniciativas de vivienda y desarrollo.

En cuanto a lo que traje conmigo, fue muy poco. Una maleta pequeña con ropa, algunas sábanas y, sobre todo, dos cosas muy importantes: un vestido y una blusa de mi mamá. Esos objetos siguen conmigo, porque representan mis raíces, mi historia, mi familia.

## “Traje algo que forma parte de mi identidad: la cultura.”

Mi falda de danza, mis tradiciones, mis conocimientos ancestrales, incluso prácticas como la partería. Todo eso lo sigo manteniendo vivo aquí, en cada cosa que hago.

Hoy mi familia está dispersa: uno de mis hijos está en Estados Unidos, y otros en Colombia. Pero seguimos en contacto. Y aunque he construido una vida aquí, mi corazón sigue dividido.

Si pienso en el futuro, tengo dos sueños claros. Uno es seguir aportando aquí, trabajando por la comunidad, apoyando a quienes lo necesitan, fortaleciendo proyectos colectivos. Y el otro, es regresar a Colombia, a mi tierra, donde quiero terminar mis días.





**Alejandra,**  
*Guayaquil*

Nací en Trujillo, en Venezuela, pero gran parte de mi vida la viví en Maracaibo, donde estudié Ingeniería Química. Recuerdo esa etapa como una época linda: tenía mi grupo de amigos, mi trabajo en una empresa petrolera y la sensación de que estaba empezando a construir lo que siempre había soñado. Pero al mismo tiempo, la realidad se iba imponiendo. Lo que ganaba no alcanzaba, no podía crecer, no podía proyectarme. Vivía al día.

Así que tomé una decisión rápida, casi sin pensarlo demasiado, porque sabía que si lo pensaba más, no lo iba a hacer. Me fui con una sola maleta, donde metí lo que más representaba mi esfuerzo: mi título, mi anillo de grado y una cobija de mi mamá que todavía conservo. Era todo lo que podía traer de una vida entera.

El viaje fue una mezcla de emociones. Salí llorando al despedirme de mis papás, pero al mismo tiempo ilusionada porque viajaba con mi hermana. Al principio lo sentí como unas vacaciones, pero todo cambió al cruzar la frontera.

Ahí apareció el miedo: la incertidumbre, la corrupción, el cansancio. Fueron tres días en bus atravesando Colombia, con mareos, incomodidad, pero también con la expectativa de algo distinto.

Llegué a Ecuador con la idea de ahorrar y seguir a otro país, pero la vida tenía otros planes. Los primeros días fueron un golpe de realidad: no había casa esperándonos, tuvimos que pagar un cuarto y salir de inmediato a buscar trabajo, sin descanso. A los pocos días ya estábamos trabajando.

Ecuador me sorprendió. Encontré personas que me acogieron, jefes que fueron como una segunda familia, gente que me ayudó a entender que sí se podía empezar de nuevo.

El emprendimiento nació casi por necesidad. Empezamos vendiendo otras cosas, pero un día decidimos hacer tequeños, algo tan nuestro, tan venezolano, tan cargado de recuerdos. Con muy poco dinero hicimos los primeros y salimos a vender. Ese fue el inicio. Desde entonces no hemos parado.



© ACNUR/Diana Díaz

Mi formación como ingeniera se convirtió en una herramienta para construir algo propio. Organicé procesos, medidas, producción. Para mí era como volver a mi carrera, pero desde otro lugar. Hoy tenemos un negocio que ha crecido, un equipo de mujeres que también han salido adelante y una red que ya se siente como familia.

Ecuador dejó de ser una parada y se convirtió en hogar. Aquí construí una nueva vida, una nueva familia, no solo de sangre, sino de personas que el camino me puso. Aquí he crecido, he aprendido, he vuelto a empezar.

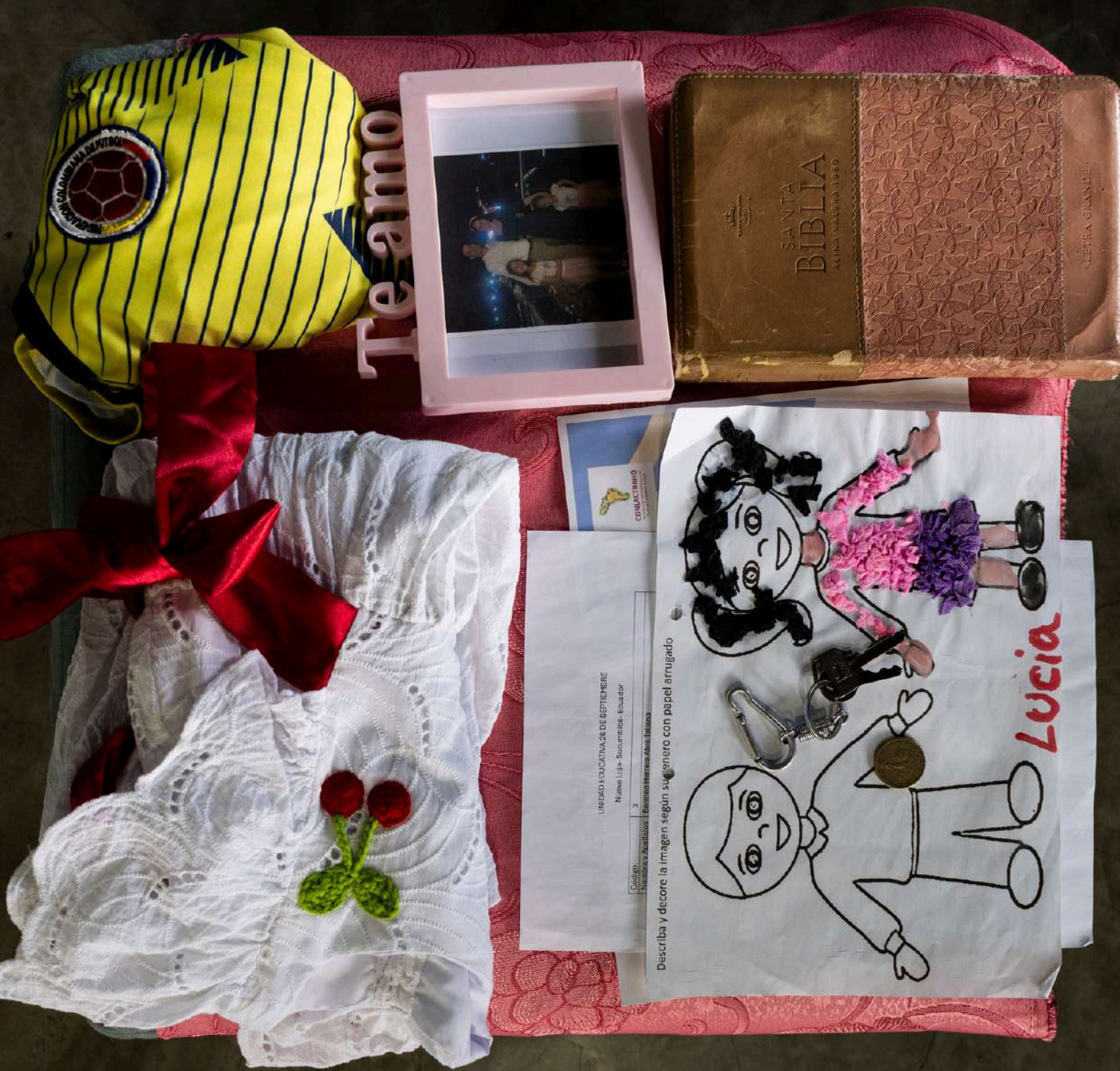
Extraño Venezuela, sobre todo a mis papás. Lo más difícil de irse no son las cosas que dejas, sino el tiempo que pierdes lejos de quienes amas. Si algo pudiera traer conmigo, sería más tiempo con ellos.

Pero hoy sigo aquí, agradecida. Porque irme me enseñó que los sueños cambian, pero no desaparecen. Solo toman otra forma. Y yo decidí reconstruirlos desde cero, con mis manos, con mi historia y con todo lo que aún soy capaz de crear.

**“La realidad se iba imponiendo. Lo que ganaba no alcanzaba, no podía crecer, no podía proyectarme. Vivía al día”.**



© ACNUR/Diana Díaz



# Arte terapia, Lago Agrio

Somos varias, pero en el fondo compartimos la misma historia. Venimos de distintos lugares, de Colombia, de Venezuela, y cada una carga con el peso de su propio recorrido. Pero cuando empezamos a dibujar, a poner en papel nuestras vidas, nos dimos cuenta de que había algo en común: todas habíamos tenido que irnos.

Algunas venimos del campo, de fincas rodeadas de flores, de familias grandes, de casas llenas de gente. Otras de ciudades donde, a pesar de las dificultades, habíamos construido un hogar, criado hijos, hecho planes.

La vida era sencilla, a veces dura, pero nuestra. Hasta que dejó de serlo.

Ecuador nos recibió. No siempre fue fácil. Llegamos sin conocer, sin entender del todo, empezando desde cero. Aprender una nueva moneda, encontrar trabajo, conseguir un lugar donde vivir, proteger a nuestros hijos.

Muchas veces nos sentimos solas. A veces enfrentamos rechazo, violencia, discriminación, miedo.

**“El arte nos ayudo a decir lo que no podíamos poner en palabras.”**



Hubo momentos en que el mundo parecía demasiado grande y nosotras demasiado pequeñas en él.

La violencia, la inseguridad, las amenazas, la dificultad de sostener una vida digna... cada una tiene su propia razón, pero todas llegamos al mismo punto: salir.

Salir con miedo, con incertidumbre, con lo poco que cabía en una maleta. Algunas trajimos fotos, otras una Biblia, otras solo recuerdos. Pero todas dejamos algo atrás que todavía nos duele.

Algunas cruzamos fronteras, otras recorrimos ciudades enteras antes de llegar aquí. Caminamos, viajamos en bus, esperamos, aguantamos. Hubo momentos duros, de no saber dónde dormir, de no tener cómo sostener a nuestros hijos, de sentir que ya no podíamos más. Y, aun así, seguimos.

Pero poco a poco algo empezó a cambiar.

Encontramos espacios. Personas. Manos tendidas. Y un día llegamos aquí, a este lugar donde empezamos a dibujar y tejer nuestra historia y a mirarla de frente.

Hemos recuperado partes de nosotras mismas que creíamos perdidas. Hemos vuelto a creer que sí podemos. Que todavía hay algo por construir.



Somos madres, trabajadoras, emprendedoras. Algunas cosen, otras venden, otras cuidan.

El arte nos ayudó a decir lo que a veces no podíamos poner en palabras. En esos dibujos, arpilleras aparecieron nuestras familias, nuestros países, las pérdidas, pero también los pequeños logros: una casa, aunque sea prestada; un documento; un emprendimiento; el uniforme de nuestros hijos; una nueva habilidad aprendida.

Aparecieron también nuestras heridas: corazones rotos, caminos oscuros, miedos que todavía nos acompañan. Pero también empezaron a aparecer colores otra vez.

Porque también hemos sanado. Hemos encontrado amistades. Todas luchamos. Y aunque extrañamos profundamente nuestros países, nuestras familias, nuestras vidas de antes, también hemos aprendido a agradecer.

Ecuador no es perfecto, pero aquí seguimos. Aquí hemos crecido. Aquí nuestros hijos estudian, nuestros nietos nacen, nuestros sueños se transforman.

Hoy seguimos caminando. Con miedo a veces, con nostalgia casi siempre, pero también con fuerza.

**“Algunas cruzamos fronteras, otras recorrimos ciudades enteras antes de llegar aquí... Hubo momentos duros ... de sentir que ya no podíamos más. Y, aun así, seguimos”.**





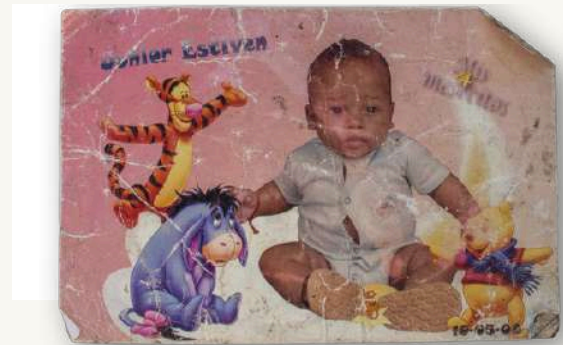
Hubo un momento en mi vida en el que entendí que, si me quedaba, no iba a salir adelante. Venía de una historia difícil, creciendo entre la falta de oportunidades, la violencia y el abandono. Desde muy pequeña tuve que enfrentar cosas que ninguna niña debería vivir. Perdí a mi padre y crecí sin ese amor que uno espera en casa. Con el tiempo, la vida en Colombia se volvió cada vez más dura, y sentía que no tenía un lugar seguro donde quedarme.

Tomar la decisión de irme no fue fácil. Tenía miedo. Salí con lo poco que tenía: algo de ropa, mis documentos y unos recuerdos que llevaba conmigo, como fotos y pequeñas cosas que me recordaban de dónde venía. No tenía mucho, pero sabía que con eso podía empezar de nuevo.

El camino hacia Ecuador fue incierto. Me fui acompañada de una amiga que me habló de la posibilidad de venir aquí. Cruzar la frontera fue una mezcla de esperanza y temor. No sabía qué me esperaba. Durante el trayecto, dependimos mucho de la ayuda de otras personas y de la fe de que las cosas iban a mejorar.

Cuando llegué a Ecuador, tampoco fue fácil. Hubo momentos duros, incluso situaciones de violencia que me hicieron pensar que tal vez había tomado la decisión equivocada.

Pero con el tiempo, las cosas empezaron a cambiar. Poco a poco fui encontrando personas que me tendieron la mano, que me ofrecieron ayuda sin esperar nada a cambio. Eso fue algo nuevo para mí. Aquí aprendí lo que significa recibir apoyo y también darlo.



**“Poco a poco fui encontrando personas que me tendieron la mano..”**



Con esfuerzo, fui construyendo una nueva vida. Hoy me dedico a mi hogar y también tengo un pequeño emprendimiento. Vendo productos como chorizo colombiano, morcilla y otros alimentos que me permiten generar ingresos para mis hijos. No es fácil, hay días en los que las ventas bajan y toca buscar nuevas formas de salir adelante, pero no me rindo. También vendo yogures en las escuelas cuando hay clases, siempre adaptándome.

Lo más importante para mí son mis hijos. Quiero que puedan estudiar, que tengan las oportunidades que yo no tuve. Yo apenas pude avanzar en la escuela, pero tengo el sueño de retomar mis estudios y algún día ser profesional, tal vez en algo relacionado con la salud, como odontología.

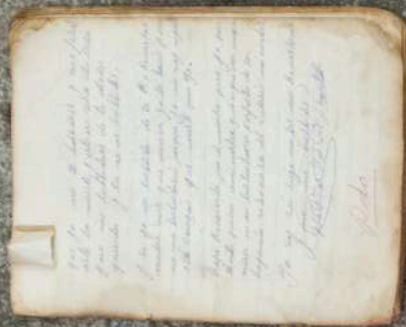
En Ecuador encontré algo que nunca tuve: una red de apoyo. Personas que se han vuelto como familia. Eso me ha enseñado a ser diferente, a confiar, a compartir.

**“Hoy puedo decir que, a pesar de todo, sigo luchando.**

**Porque cuando una decide no rendirse, siempre hay una oportunidad para empezar de nuevo”.**



# Dilia, La Paz



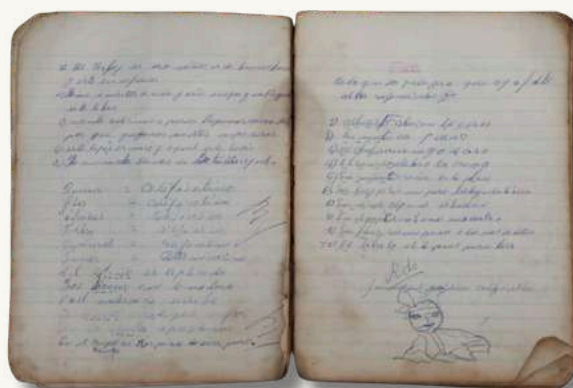
Nací en el departamento de Nariño, en Colombia, en una zona atravesada por el conflicto armado. Mi infancia estuvo marcada por el trabajo en el campo junto a mi familia, cultivando plátano y otros productos. Sin embargo, la violencia fue creciendo y ese contexto cambió nuestra vida por completo. Mi padre falleció en medio de los enfrentamientos y, desde entonces, comenzaron las amenazas constantes, especialmente hacia mí por ser la mayor de mis hermanos.

Salir no fue una decisión planificada. Fue una reacción al miedo y a la necesidad de sobrevivir. Llegué a la frontera sin saber bien cómo había llegado ni hacia dónde iba. En ese camino conocí a quien hoy es mi esposo, también colombiano, y juntos cruzamos hacia Ecuador buscando una oportunidad.

Los primeros años en Ecuador fueron muy duros. Vivimos en Cayambe, donde mi esposo consiguió trabajo en una plantación, pero los ingresos no alcanzaban para cubrir nuestras necesidades. Yo no podía acceder a empleo formal por mi edad y situación migratoria, así que trabajaba únicamente a cambio de comida. Quedé embarazada en ese contexto.

Fue entonces cuando recibí apoyo de organizaciones como ACNUR, que me ayudaron a regularizar mi situación y acceder a servicios básicos. Ese acompañamiento fue clave para salir adelante.

Logré entrar a una plantación de flores, donde enfrenté explotación laboral porque, por ser extranjera, no recibía el mismo pago que otros trabajadores. A pesar de esas condiciones, fue una etapa necesaria para sostener a mi familia.



Años después decidimos trasladarnos al sector de La Paz buscando mejores condiciones de vida. Allí encontré una comunidad más acogedora. Mi primer trabajo fue cortar cebolla en el campo, algo que nunca había hecho, pero que aprendí gracias a personas que confiaron en mí.

Con el tiempo trabajé en distintas actividades agrícolas, desde sembrar hasta cosechar, lo que me permitió sostener a mi familia. Hoy somos cuatro: mi esposo, mis dos hijas y yo. Ellas estudian y son la motivación principal para seguir luchando.

Mi camino dio otro giro cuando accedí a capacitaciones con organizaciones locales.



Allí aprendimos a producir fruta deshidratada y tisanas, lo que dio origen a nuestro emprendimiento actual. Junto a mujeres colombianas, venezolanas y ecuatorianas formamos un grupo que busca generar ingresos propios y reducir la dependencia de trabajos físicamente exigentes.

Hoy, después de muchos años, me siento parte de este país. He construido amistades, una familia y una vida aquí. Aunque no descarto regresar algún día, Ecuador es el lugar donde pude reconstruirme. Mi sueño es seguir fortaleciendo el emprendimiento, trabajar en condiciones más dignas y asegurar que mis hijas puedan estudiar y tener un futuro mejor.

**“Mi historia mezcla pérdidas, lucha y nuevas oportunidades”.**

Aunque el desplazamiento me obligó a dejar mucho atrás, también me dio la posibilidad de volver a empezar.

**“Hoy sigo creyendo que reconstruir una vida puede convertirse en una forma de resistencia.”**





# Jennifer, Tulcán

Nací en Colombia y llegué a Ecuador cuando tenía aproximadamente cinco años. Mis recuerdos de ese tiempo son fragmentados, más ligados a las personas que a los lugares: mi abuelita, mis hermanos, las relaciones familiares que poco a poco se fueron distanciando cuando tuvimos que huir. Con el tiempo entendí que nuestra salida no fue casual, sino consecuencia de una situación de conflicto que afectaba directamente a la pareja de mi mamá, y eso hizo que toda la familia tuviera que desplazarse para buscar seguridad.

Llegar a Ecuador no fue un trayecto único, sino una serie de desplazamientos. Pasamos por distintos lugares antes de establecernos en Tulcán, lo que para mí, siendo niña, fue confuso, pero también formativo.

Mi mamá trabajaba largas jornadas, sobre todo en labores físicas como el campo o la limpieza, y eso hizo que desde muy pequeña desarrollara independencia.

Uno de los momentos más difíciles fue en mi infancia. Vivíamos en una hostería donde mi mamá trabajaba, y allí un intento de violentarme marcó profundamente mi forma de ver el mundo. Más allá del hecho, fue duro no sentirme escuchada cuando intenté contarle. Durante años no entendí lo que había ocurrido, pero con el tiempo logré comprenderlo desde otra perspectiva, reconociendo que muchas veces estas formas de violencia están normalizadas en entornos familiares o sociales.

Poco a poco, el hogar dejó de ser un espacio de miedo y comenzó a convertirse en un lugar donde podía sentirme más segura. A partir de ahí, empecé a enfocarme en mis estudios. Siempre fui una estudiante aplicada, y encontré en el aprendizaje una forma de proyectarme hacia el futuro.



**“No comprendía del todo lo que ocurría, pero sí sentía... el cambio constante y la necesidad de adaptarme a entornos nuevos.”**

© ACNUR/Omar Ganchala

Un punto clave en mi camino fue mi voluntariado de la Cruz Roja. Ese espacio fue transformador: me permitió desarrollar habilidades, ganar confianza y descubrir vocaciones que no sabía que tenía. Empecé a trabajar con niños y adolescentes, entendiendo que la prevención de la violencia es esencial y que muchas experiencias personales pueden convertirse en herramientas para ayudar a otros.

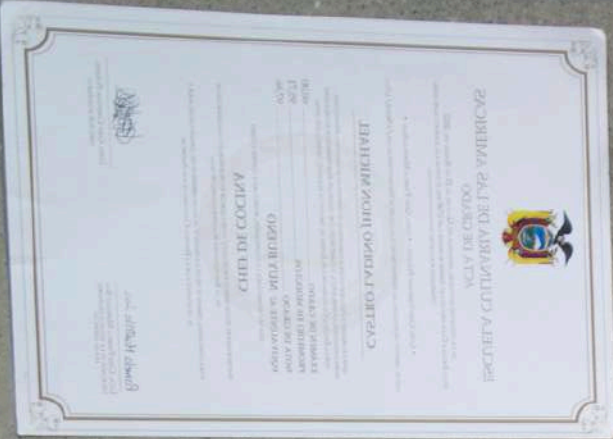
Tuve la oportunidad de acceder a una beca para estudiar Trabajo Social. Este logro representó un cambio fundamental en mi vida, ya que en algún momento pensé que no podría acceder a la educación superior. La modalidad virtual me permitió estudiar, y hoy estoy cerca de terminar mi carrera, con el deseo de seguir formándome y especializarme en temas de niñez y adolescencia.

No conservo muchas cosas materiales de mi viaje, pero tengo objetos simbólicos que representan mi proceso:

“...fotos de mi llegada a Tulcán, recuerdos familiares, y una muñeca de la Cruz Roja que simboliza el impacto del voluntariado en mi vida.”

Hoy me veo construyendo un futuro donde pueda trabajar apoyando a otros, especialmente a niños y jóvenes en situaciones vulnerables. Mi historia, más que estar marcada por la pérdida, está definida por la resiliencia y la capacidad de transformar el dolor en propósito.





# Jhon, Quito

Nací en Armenia, Quindío, en Colombia, y llegué a Ecuador cuando tenía siete años. Aunque era muy pequeño, todavía recuerdo parte de mi infancia allá: estudiar en la escuela, hacer tareas en las tardes y salir a jugar con mis amigos. Uno de los recuerdos más importantes de esa época era una bicicleta azul que mis padres me habían regalado y con la que pasaba gran parte del tiempo. Era algo muy especial para mí, pero tuvimos que dejarla atrás cuando salimos del país.

El contexto empezó a cambiar por el conflicto armado y la violencia que se vivía en la zona. Mis padres decidieron que lo más seguro era irnos. Primero viajó mi papá para buscar trabajo y, tres meses después, mi mamá, mi hermana y yo emprendimos el camino hacia Ecuador. Hicimos varios trasbordos entre Armenia, Cali e Ipiales antes de cruzar la frontera. Fueron más de 24 horas de viaje en bus hasta llegar a Quito, donde nos recibió una tía. Lo primero que recuerdo de la ciudad es el frío; veníamos de un clima cálido y me enfermé apenas llegamos.

Al principio todo era extraño. No conocíamos la ciudad y casi no salíamos. Poco a poco empezamos a adaptarnos: entramos a la escuela, mis padres consiguieron estabilidad y yo fui creciendo aquí. Con el tiempo Ecuador dejó de sentirse temporal. Aquí hice mi vida, estudié, trabajé y construí mis amistades. Hoy siento que pertenezco a este país.

**“Al principio todo era extraño...  
Poco a poco empezamos a adaptarnos.”**



Cuando terminé el colegio quería estudiar ingeniería en petróleos. Era la carrera que soñaba, pero nunca logré entrar.

Durante la pandemia apareció otra oportunidad: estudiar gastronomía en una escuela culinaria en Guayaquil. Al inicio no me gustaba cocinar y sentía que no era lo mío, pero poco a poco descubrí algo diferente. Ver que las personas disfrutaban la comida que preparaba me hizo encontrar un propósito nuevo.

Trabajé mientras estudiaba para pagar parte de la carrera y logré graduarme. Hoy, junto a mi familia, tenemos un restaurante de comida colombiana. Empezamos con apenas cuatro mesas y mucho esfuerzo. Hubo momentos difíciles por los que tuvimos que cerrar, pero hace unos meses logramos reabrir el negocio. Ahora cocino platos típicos colombianos y trato de compartir, a través de la comida, parte de nuestra cultura y nuestra historia.

**“Ver que las personas disfrutaban la comida que preparaba me hizo encontrar un propósito nuevo.”**

Entre los objetos que más valoro está una foto antigua de mi familia, donde aparecen mis padres, mi hermana y yo cuando éramos pequeños. También guardo la medalla de graduación y un batidor que me regalaron cuando recién empezaba en cocina. Además, tengo dos peluches muy importantes para mí: uno de Cristiano Ronaldo, por mi amor al fútbol, y otro de la ratita de Ratatouille, que representa todo el camino que he recorrido en la gastronomía.

Mi sueño es seguir estudiando cocina, viajar algún día a Francia y abrir más restaurantes. Mi historia me enseñó que, aunque algunas puertas se cierren, siempre pueden aparecer nuevos caminos para reconstruirse y salir adelante



# Kevin, Tulcán

© ACNUR/Omar Ganchala



Nací en Pasto, Colombia, pero crecí en una zona rural de Sotomayor, en Los Andes, donde el conflicto armado era parte de la vida cotidiana. Tenía apenas siete años cuando mi familia tomó la decisión de salir. Según lo que me contaron después, querían reclutarme y además mi padre había recibido amenazas de muerte. La decisión fue inmediata: debíamos irnos o no sobreviviríamos.

El viaje lo recuerdo como escenas sueltas. Salimos de noche, escondidos en un camión, con muy pocas pertenencias. Llegamos primero a Pasto y luego cruzamos hacia Ecuador. Era un trayecto lleno de incertidumbre, pero como niño no comprendía del todo lo que ocurría. Para mí era solo un viaje diferente, aunque ahora sé que fue un episodio decisivo en nuestras vidas.

Al llegar a Tulcán, todo era desconocido. Llovía, y recuerdo que miraba los lugares sin entender dónde estaba. Mi padre ya había estado antes, pero para mí todo era nuevo. Las condiciones iniciales fueron muy difíciles: vivíamos en un cuarto pequeño, casi como una bodega, donde dormíamos los tres y cocinábamos en el mismo espacio. Sin embargo, con el tiempo, mi padre logró conseguir trabajo y eso nos permitió mejorar poco a poco nuestras condiciones de vida.

Adaptarme no fue sencillo. En la escuela enfrenté burlas por ser colombiano. Incluso cosas simples, como el lenguaje, generaban confusión y aislamiento. Pero con el tiempo fui entendiendo la cultura, aprendiendo a comunicarme y construyendo amistades. Esa adaptación fue clave para poder integrarme.



© ACNUR/Omar Ganachala

Hubo un periodo en el que dejé los estudios. Estuve varios años trabajando con mi padre, lavando autos y buscando la manera de aportar económicamente. No tenía claro si algún día podría acceder a la educación superior. Sin embargo, una oportunidad cambió el rumbo de mi vida: me hablaron de una beca. Al inicio no fui seleccionado, pero lo intenté de nuevo. La segunda vez, sin muchas expectativas, recibí la llamada que lo cambió todo: había sido aceptado.

Elegí estudiar enfermería. Desde el principio sentí que era mi camino, porque siempre me ha gustado ayudar a las personas. Durante la universidad viví momentos positivos, con apoyo de compañeros y docentes, pero también enfrenté dificultades como conflictos y situaciones de exclusión. Aun así, seguí adelante, concentrándome en cumplir mis objetivos.

Hoy estoy cerca de graduarme. El internado ha sido una experiencia decisiva. Uno de los momentos más importantes fue cuando participé directamente en una cirugía, ayudando al médico y cerrando una herida. Fue ahí cuando entendí que podía aspirar a más.

No traje casi nada en mi maleta, solo ropa y algunas mantas. La mayor parte de mi vida en Colombia se quedó allá. Quizás por eso hoy valoro más lo que sí tuve: la oportunidad de empezar de nuevo.

Si pienso en lo más importante, es mi familia. Crecí lejos de muchos de mis seres queridos y aún siento ese vacío. No tuve la oportunidad de compartir experiencias con primos o familiares cercanos, algo que siempre me hubiera gustado.

Mi sueño ahora es continuar formándome. Quiero ser médico, especializarme y seguir ayudando a otros. Todo lo que he vivido me enseñó que, a pesar de las dificultades, es posible construir un camino distinto.

**“Todo lo que he vivido me enseñó que, a pesar de las dificultades, es posible construir un camino distinto.”**





# Leidy, Lago Agrio

Nací en Venezuela y desde joven aprendí que la vida se construye con esfuerzo. Terminé el bachillerato y busqué salir adelante con cursos de contabilidad, trabajos pequeños, cualquier oportunidad que me permitiera avanzar. Fue en ese camino que empecé mi vida con mi esposo. Llevamos más de doce años juntos, y desde el inicio entendimos que caminaríamos de la mano, incluso en momentos difíciles.

En Venezuela, él era taxista, pero la violencia nos alcanzó. Un día intentaron robarlo y casi lo matan. Ahí, dejó ese trabajo y volvió a lo que su familia sabía hacer: el queso. Ese oficio viene de generaciones, de las manos que conocen la leche, los tiempos y la calidad.

Empezamos con casi nada, con unos moldes guardados, y poco a poco fuimos levantando una quesera. Así crecimos: vendiendo, reinvertiendo, organizándonos. Nos iba bien, teníamos clientes, una vida construida paso a paso.

Pero llegó la pandemia y todo se vino abajo. Nuestros clientes cerraron, las deudas quedaron, y lo que habíamos logrado se quebró. Decidimos entonces irnos hacia la frontera, buscando comenzar otra vez. Yo estaba embarazada con una hija pequeña, y aun así seguimos apostando por lo único que sabíamos: trabajar.

En esa zona, entre Venezuela y Colombia, la vida volvió a cambiar. La violencia llegó de otra forma: enfrentamientos armados, amenazas, pueblos enteros que se vaciaban de un día para otro. Recuerdo el sonido de las explosiones, las personas corriendo, dejando todo atrás. Nos quedamos cuando otros se iban, pensando que podríamos resistir, pero la situación se volvió insostenible.

Aquí el inicio también fue duro. Mi esposo trabajó en lo que pudo. Vivimos con lo mínimo, comprando cosas de segunda, reconstruyendo desde cero. Pero poco a poco, volvimos a lo nuestro. Gracias al apoyo de organizaciones, entendimos que había oportunidades, que podíamos retomar la producción de queso.

**“Sé lo que es perderlo todo, pero también sé lo que es volver a empezar.”**



Hoy tenemos nuevamente nuestro emprendimiento. No ha sido fácil: hemos tenido que parar, empezar de nuevo, perder clientes y volver a ganarlos. Pero seguimos. Hemos comprado un terreno, estamos construyendo con nuestras propias manos, como hemos hecho toda la vida.

Ecuador nos ha dado tranquilidad. Aquí mis hijos crecen, estudian. Yo sé lo que es perderlo todo, pero también sé lo que es volver a empezar. Y mientras tengamos fuerza y ganas, vamos a seguir construyendo, porque esa es la única manera que conocemos de salir adelante.

Un día recibimos una advertencia: teníamos que irnos, sin hacer ruido, sin llevar nada. Era la única forma de salvarnos. Ese día salimos con lo mínimo: una pañalera, una carpeta con documentos, y lo que mis hijos podían cargar en sus manos. Dejamos absolutamente todo atrás: la quesera, las máquinas, cada herramienta que tanto esfuerzo nos había costado.

Llegamos a Colombia sin dinero, improvisando cada paso. Dormimos donde pudimos, pedimos ayuda, trabajamos en lo que saliera. Hubo días en los que sentí que no podíamos más, pero uno sigue cuando tiene hijos. Finalmente, logramos llegar a Ecuador, casi por casualidad, con la ayuda de otras personas.



**“Poco a poco  
volvimos a lo  
nuestro,  
reconstruyendo  
desde cero.”**

© ACNUR/Diana Díaz





# Luis, *Guayaquil*



Nací en Anzoátegui, en Venezuela, y desde muy joven supe que quería dedicarme a la comunicación. Construí mi vida alrededor de ese sueño: trabajé en medios, logré entrar a uno de los canales más importantes del país y empecé a ejercer como periodista. Me sentía realizado. Tenía un camino claro, un propósito.

Pero poco a poco todo empezó a cambiar. La situación del país se volvió insostenible. Hubo un momento que cambió todo. Mi pareja quedó embarazada y perdimos el bebé. Entendí que no podía seguir en un país donde ni siquiera podía garantizar lo más básico.

Empaqué sin saber si iba a volver. Fue doloroso hacerlo al lado de mi familia, como si nada pasara, pero con la sensación interna de que tal vez no regresaría. Me llevé lo esencial: mis documentos, mi título, una foto de mi papá y su reloj. Él había fallecido poco antes, y llevarlo conmigo era como no soltarlo del todo.

El día que me fui, mientras el avión despegaba, sentí que dejaba mi vida atrás. Lloré por lo que fui, por lo que estaba dejando, por lo que no sabía si iba a encontrar.

Llegué a Ecuador con una puerta que alguien me abrió. Una amiga me en su casa en Guayaquil y ahí comenzó todo. Los primeros días fueron de adaptarme, de sobrevivir con lo poco que tenía, de entender que empezar de cero es una realidad. Tuve que dejar de lado el orgullo y aceptar lo que tenía a mano. Mi primer trabajo fue como mesero.

No fue fácil, pero lo hice con dignidad. Porque irse también es eso: aprender a reconstruirse sin perder la esencia.

Poco a poco fui abriéndome camino. Insistí, llevé hojas de vida, toqué puertas hasta que volví a vincularme con mi profesión. Pero en paralelo empezó a crecer algo dentro de mí que venía desde antes: el deseo de ayudar a otros.

Durante la pandemia todo cambió. Me quedé sin trabajo y fui yo quien necesitó ayuda. Recibí una gran canasta de alimentos de alguien que ni siquiera conocía. Ese gesto me marcó profundamente. Porque entendí lo que significa la solidaridad cuando uno está en su punto más vulnerable.



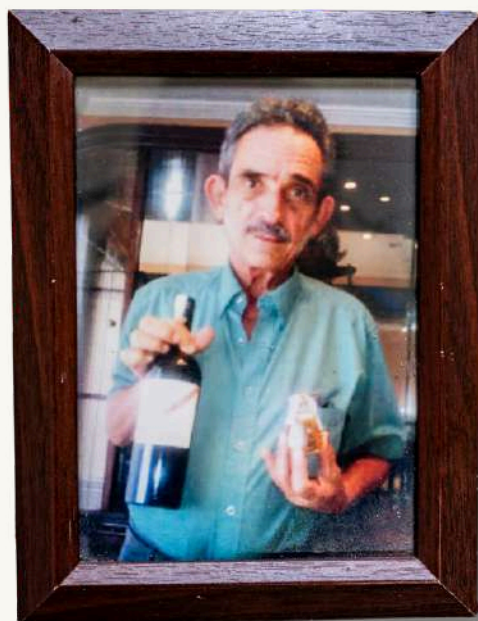
Ese día decidí que no podía quedarme de brazos cruzados. Empecé a ayudar con lo que podía, a articular apoyos, a buscar donaciones. Así nació lo que hoy es la Fundación Manos Venezolanas.

Esto se convirtió en una red de apoyo. Hoy acompañamos a personas que llegan sin nada, que buscan orientación, salud, alimentación, un lugar donde empezar. Lo que hacemos es devolver dignidad, esperanza, sentido de pertenencia

Ecuador me dio la oportunidad de reconstruirme, pero también de encontrar un propósito más grande. Aquí entendí que mi historia tenía sentido cuando podía servir a otros.

Hoy sigo siendo periodista, pero también soy alguien que cree profundamente en la ayuda humanitaria. Y mientras pueda, voy a seguir construyendo puentes para quienes, como yo, un día tuvieron que dejarlo todo y empezar de nuevo.

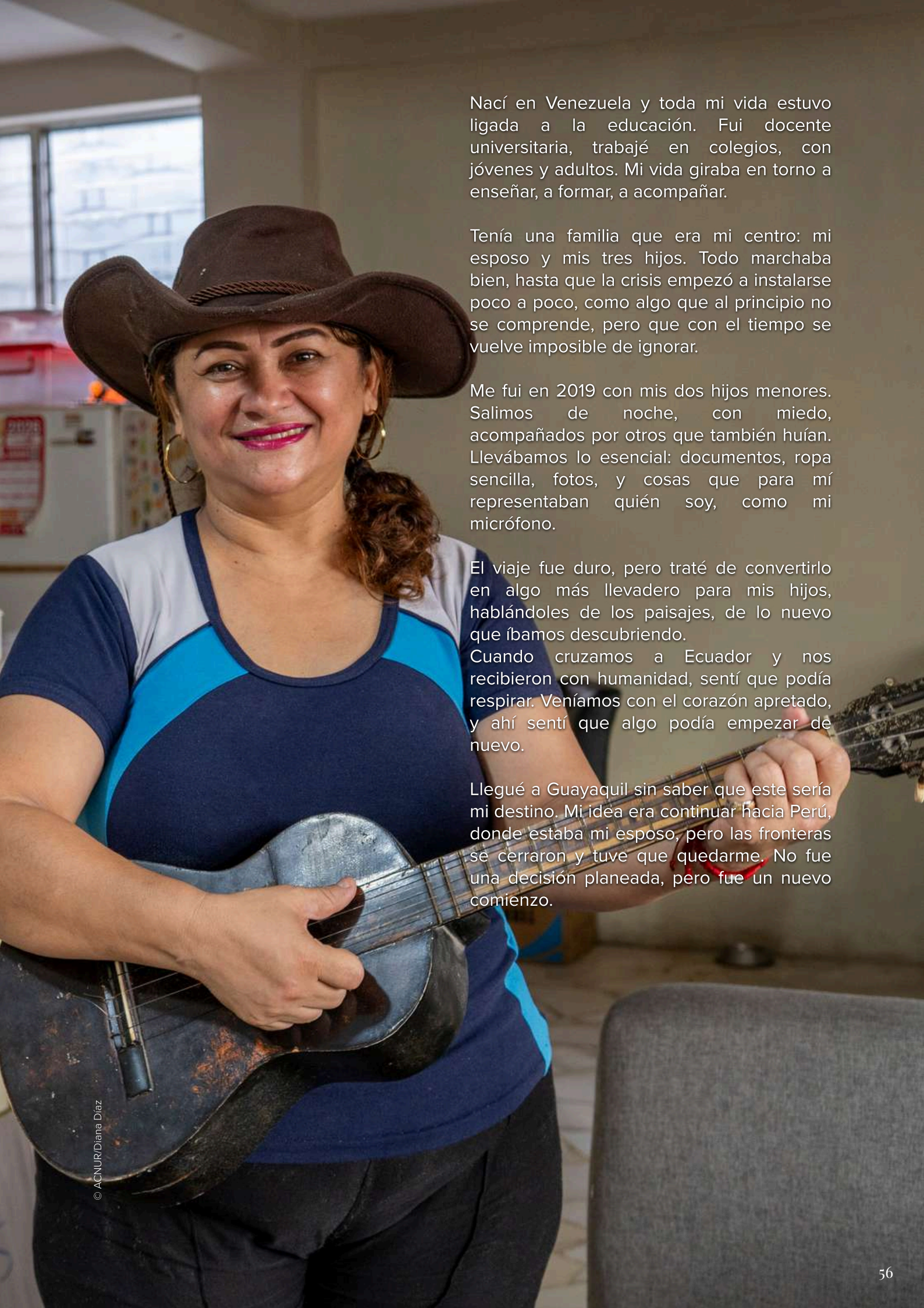
**“Aquí entendí que mi historia tenía sentido cuando podía servir a otros.”**



# Marbella, *Guayaquil*

© ACNUR/Diana Díaz





Nací en Venezuela y toda mi vida estuvo ligada a la educación. Fui docente universitaria, trabajé en colegios, con jóvenes y adultos. Mi vida giraba en torno a enseñar, a formar, a acompañar.

Tenía una familia que era mi centro: mi esposo y mis tres hijos. Todo marchaba bien, hasta que la crisis empezó a instalarse poco a poco, como algo que al principio no se comprende, pero que con el tiempo se vuelve imposible de ignorar.

Me fui en 2019 con mis dos hijos menores. Salimos de noche, con miedo, acompañados por otros que también huían. Llevábamos lo esencial: documentos, ropa sencilla, fotos, y cosas que para mí representaban quién soy, como mi micrófono.

El viaje fue duro, pero traté de convertirlo en algo más llevadero para mis hijos, hablándoles de los paisajes, de lo nuevo que íbamos descubriendo.

Cuando cruzamos a Ecuador y nos recibieron con humanidad, sentí que podía respirar. Veníamos con el corazón apretado, y ahí sentí que algo podía empezar de nuevo.

Llegué a Guayaquil sin saber que este sería mi destino. Mi idea era continuar hacia Perú, donde estaba mi esposo, pero las fronteras se cerraron y tuve que quedarme. No fue una decisión planeada, pero fue un nuevo comienzo.

No fue fácil. Al principio hice lo que fuera necesario: limpiar casas, cocinar, cantar. Yo decía “yo hago lo que sea, pero salgo adelante”. Poco a poco fui conociendo personas que me abrieron espacios. Empecé ayudando, cantando, acompañando a otros. Así fui integrándome: desde el servicio.

Luego encontré espacios donde entendí mejor mis derechos y volví a conectar con mi vocación. Me formé, participé, levanté mi voz, ahora no solo como educadora, sino como alguien que acompaña a otros en el mismo proceso.

Hoy trabajo apoyando a niños, niñas y adolescentes, especialmente aquellos que han vivido el desplazamiento. Me enfoco en que accedan a la educación, en que sus derechos sean respetados, en que no se queden atrás. Porque sé lo que significa llegar a un país sin información, con miedo, sin saber cómo empezar.

Ecuador se convirtió en mi segunda casa. Aquí mis hijos crecieron, se adaptaron, construyeron su vida.

**“Llevábamos lo esencial: documentos, ropa sencilla, fotos, y cosas que para mí representaban quién soy, como mi micrófono.”**

Sigo amando profundamente a Venezuela. Extraño mis raíces, mi familia. Pero hoy también tengo otra vida aquí, construida con esfuerzo y esperanza.

Aprendí que irse no es dejar de ser quién eres. Es transformar el dolor en servir a otros. Y yo decidí hacerlo desde lo que soy: una mujer que enseña, que acompaña, y que sigue creyendo en la dignidad de cada persona.



# María Eugenia, *Guayaquil*



Nací en Colombia, crecí en el Valle, en una finca donde todo era trabajo y comunidad. De allí sacábamos lo necesario para vivir. Con el tiempo nos fuimos a Cali por la violencia y empezamos de nuevo. Allá levanté una chatarrería que creció hasta convertirse en una bodega grande. Teníamos empleados, carros, y por fin sentíamos que la vida estaba tomando forma.

Pero otra vez la violencia y las circunstancias nos obligaron a salir. No fue una decisión planeada. Salimos con lo único que siempre cargué conmigo: una carpeta con los documentos de mis hijos. Era lo único seguro.

El camino nos llevó hasta Ecuador casi por casualidad. Nos íbamos a otro país, pero me enfermé en el trayecto, y los médicos dijeron que debía quedarme en un lugar cálido. Así llegamos aquí a Guayaquil. Al principio fue muy duro. Pensé que no iba a poder empezar otra vez, pero uno recuerda todo lo que ya ha superado y sigue.

Comenzamos desde abajo, vendiendo empanadas en una paila pequeña donde solo cabían tres. Con eso comprábamos comida.

Poco a poco fuimos avanzando. Yo siempre he trabajado con reciclaje, así que retomé eso, vendiendo lo que podía. También encontré apoyo en personas que me tendieron la mano cuando más lo necesitaba.



Llegamos a un lugar donde casi no había nada: tres casas y monte. No había calles, ni escuela, ni espacios para la comunidad. Poco a poco fui involucrándome, primero ayudando, luego organizando. Cuando me propusieron ser lideresa, no fue fácil. Era mujer y era extranjera. Muchos no creían en mí.

Pero yo sabía lo que quería. Quería que las mujeres vivieran sin violencia, que los niños crecieran seguros, que la comunidad tuviera oportunidades. Me formé, aprendí sobre derechos y empecé a acompañar a otras personas. Con el tiempo, lo que era rechazo se convirtió en respeto.

oy veo una comunidad diferente. Las mujeres conocen sus derechos, ya no toleran el maltrato como antes. Los niños crecen en un entorno más seguro. Para mí, ver que ninguno de ellos ha tomado caminos equivocados es uno de los mayores logros.

También hemos construido cosas juntos: una escuelita para que los niños aprendieran cuando no había acceso, espacios comunitarios, y poco a poco fuimos transformando este lugar en algo más digno.

No ha sido fácil. El liderazgo no da ingresos, y a veces eso pesa. Yo también soy madre, abuela, y quiero estabilidad para mi familia. Sueño con tener un negocio propio otra vez, como lo tuve antes, algo que me permita vivir tranquila y no depender de nadie.

Ecuador se volvió nuestro hogar. Aquí crecieron mis hijos, aquí formamos comunidad. Sigo soñando con volver algún día a Colombia, pero hoy mi vida está aquí.

Si algo tengo claro es que todo lo que hemos construido ha valido la pena. Porque más allá de lo que perdimos, logramos algo que no todos tienen: una comunidad unida, donde la gente se cuida, se respeta y se levanta junta.

**“Logramos una comunidad unida, donde la gente se cuida, se respeta y se levanta junta.”**



# Martha, *San Gabriel*





© ACNUR/Omar Gandhara

Nací en una comunidad indígena en el departamento de Nariño, en Colombia. Mi infancia estuvo llena de contrastes: por un lado, los recuerdos más bonitos—la naturaleza, las montañas, los animales, la laguna, la vida en comunidad—y por otro, la violencia que poco a poco fue invadiendo nuestro territorio. Vivíamos en el campo, rodeados de familia, pero también con miedo. Porque cuando aparecían los grupos armados, todo cambiaba.

Salí muy joven. No fue una decisión planeada, ni pensada. Fue una huida. Una noche simplemente corrí, sin saber hacia dónde iba. No llevé nada conmigo, solo lo que tenía puesto. Mi único objetivo era salvar mi vida, escapar de la violencia. Cruzé por pasos irregulares, caminé largos trayectos, sin avisarle a nadie, porque quedarse o decirlo podía significar no salir nunca.

Llegué a Tulcán sin conocer nada. Me senté en una banca a llorar, sin saber qué hacer, sin saber si existía algo más allá de ese lugar. Fue ahí donde una persona se acercó. Me ayudó a salir de ese momento, pero luego me llevó a un entorno distinto, donde viví años de explotación laboral. Trabajé como empleada doméstica a cambio de comida y un lugar donde dormir. Era una forma de sobrevivir, pero también otra forma de violencia.

Con el tiempo, fui conociendo más del país, entendiendo mis derechos. Pasaron varios años hasta que supe que existían organizaciones que apoyaban a personas como yo. Eso fue un punto de quiebre: entendí que podía regularizarme, que podía empezar de nuevo.

Viví muchos años en Quito, luego me establecí definitivamente en San Gabriel. Empecé a trabajar por mi cuenta, a generar ingresos, a levantarme poco a poco.

Hoy tengo un emprendimiento, vendo mangos, helados, y también tengo iniciativas de panadería. Todo lo que sé ahora lo aprendí en el camino, en cursos, en espacios comunitarios, en procesos de organización.

Con otras personas en situación similar a la mía creamos el Cabildo Cumbal. Es una organización binacional que nació para visibilizarnos, para cambiar la percepción que se tiene sobre nosotros y para reconstruir identidad. Desde ahí logramos algo muy importante: acceso a vivienda para casi 30 familias. Fue fruto del trabajo colectivo, del esfuerzo, de la unión.

Hoy mi familia está formada por mi esposo, mi hijo y yo. Después de muchos años, también logré reconectar con mi madre. Durante mucho tiempo pensaron que yo había muerto. Ahora, gracias a la tecnología, podemos hablar y eso me da paz.

Si pienso en lo que traje conmigo, la verdad es que no traje objetos. Solo mi cédula y algunos centavos. Lo más importante lo llevo en la memoria: mis recuerdos, mi cultura, mi identidad. Tal vez, si hubiera podido, me habría traído una chalina de mi mamá, algo que me abrigara como ella lo hacía.

Mi sueño ahora es seguir viviendo en paz, ver crecer a mi hijo, y seguir ayudando a otros que vienen pasando lo mismo que yo viví. Porque sé lo que es llegar sola, sin saber qué hacer.

Y si algo he aprendido, es que todos necesitamos una oportunidad. Una mano. Alguien que nos vea como personas, no como extraños. Porque nadie elige salir huyendo, pero todos necesitamos un lugar donde volver a empezar.



“Lo más importante lo llevo en la memoria: mis recuerdos, mi cultura, mi identidad.”

# Oscar, Quito



Handwritten note on a piece of paper, possibly a letter or a message, with cursive handwriting.

Small handwritten note on a piece of paper, possibly a message or a note.

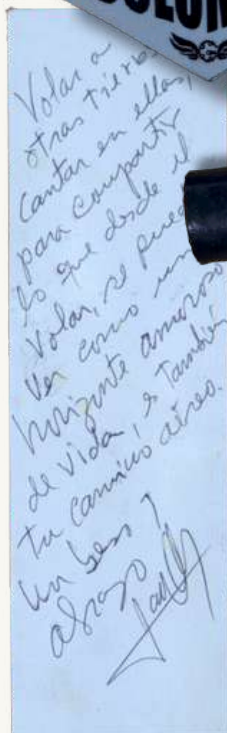
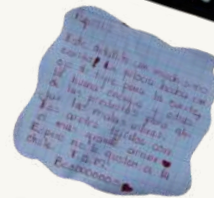




Nací en Bogotá y durante mi juventud construí una vida ligada al trabajo comunitario. Estudiaba pedagogía, trabajaba en una fundación enfocada en prevención de violencias basadas en género y hacía parte de un colectivo barrial donde promovíamos derechos sexuales y reproductivos desde la educación popular. Mi día a día era intenso: recorría distancias en bicicleta para estudiar, participaba en actividades comunitarias y trabajaba con jóvenes.

Uno de los procesos que más marcó mi vida fue la creación de una huerta urbana en mi comunidad. Ese espacio no solo buscaba producir alimentos, sino también reflexionar sobre el cuidado de la vida, el territorio y las juventudes en contextos atravesados por la violencia y la exclusión. Sin embargo, ese trabajo comenzó a incomodar a ciertas personas. Primero aparecieron amenazas simbólicas, como casquillos de bala en la huerta, y luego actos directos contra mi casa.

La situación se volvió insostenible. No sabía con certeza de dónde venían las amenazas, pero la presión era evidente y mi familia también temía por mi seguridad.



Ante ese panorama tomé la decisión de salir del país. No tenía un plan claro ni recursos suficientes, solo la certeza de que debía irme.

Salí en bicicleta desde Bogotá. Fue un viaje largoe incierto. Llegué a Ecuador con ropa, una hamaca, una estufa portátil y mi bicicleta, que se convirtió en mi principal herramienta para moverme y sobrevivir.

Mi primera parada fue Esmeraldas, donde viví momentos difíciles. Sufrí robos que me dejaron con casi nada y eso me obligó a replantear el rumbo. Decidí viajar a Quito creyendo que tendría más oportunidades. Allí empecé desde cero, otra vez, vendiendo comida, limpiando terrenos y trabajando en mensajería en bicicleta.

El giro llegó por casualidad. A través de un contacto accedí a una oportunidad laboral en un proyecto sobre masculinidades con población desplazada. Ese trabajo me llevó a Ibarra, donde encontré una comunidad que me acogió, me sostuvo y me permitió reconstruirme. Fue un año clave para procesar el duelo de haber dejado mi país y empezar a sentir que podía construir algo nuevo.

Luego me trasladé a Quito para continuar trabajando en temas de género y masculinidades. Allí retomé mis estudios, esta vez en antropología. Al inicio no quería volver a estudiar, pero entendí que era necesario. Hoy combino la formación académica con el trabajo comunitario.

Desplazarme también transformó mi identidad. Al principio no me sentía parte de Ecuador y pensaba que todo sería temporal. Con el tiempo entendí que el arraigo no es inmediato, pero se construye. He perdido vínculos en Colombia, pero he creado otros aquí. Eso me enseñó a valorar el presente y a reconocer que también soy parte de los lugares que habito.

No sé dónde estaré en el futuro, pero sí tengo claro que quiero seguir trabajando por la transformación social, la educación y la construcción de espacios más justos. Aunque me fui obligado, el camino me enseñó a reconstruirme y a encontrar nuevas formas de pertenecer.

**“No tenía un plan claro ni recursos suficientes, solo la certeza de que debía irme.”**



# Robert, Quito



© ACNUR/Omar Ganchala



© ACNUR/Omar Gachala

Nací en Maracaibo, Venezuela, y me formé como comunicador social especializado en publicidad y relaciones públicas. Durante años construí mi propio camino profesional: creé una agencia, dirigí una revista automotriz y desarrollé proyectos que me apasionaban. Mi vida estaba llena de actividad, creatividad y crecimiento.

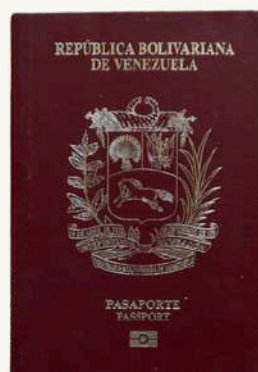
Sin embargo, con el tiempo, la situación del país comenzó a deteriorarlo todo. Mis clientes desaparecieron, muchos negocios cerraron, y mi trabajo dejó de ser sostenible.

A la par, vivíamos un contexto cada vez más difícil: inseguridad, persecución, falta de servicios básicos y condiciones de vida que afectaban la salud y la estabilidad emocional. A eso se sumaba mi identidad dentro de la comunidad LGBTI, lo que implicaba riesgos adicionales de discriminación y violencia. Todo se acumuló hasta que entendí que no podía quedarme. Era salir o perecer.

Nuestro destino inicial no era Ecuador, sino Chile. Sin embargo, por vínculos familiares de mi pareja llegamos a Quito en medio de una salida precipitada.

El viaje fue duro. Viajamos por tierra con incertidumbre constante: interrupciones, controles, extorsiones y miedo. Incluso tuvimos que dejar gran parte de nuestras pertenencias atrás, llevándonos solo dos cajas con lo esencial, sin saber exactamente qué contenían. Entre lo más importante que logré traer estuvo mi título universitario, símbolo de años de esfuerzo, aunque luego incluso ese documento vivió su propia travesía por varios países antes de volver a mis manos.

Al llegar, enfrentamos nuevas dificultades. Dormíamos en el suelo, lidiábamos con discriminación y trabajos precarios, desde carga en mercados hasta vigilancia nocturna. También intentamos emprender con alimentos y productos, mientras buscábamos regularizarnos. Hubo momentos de frustración profunda, pero también de aprendizaje.



En medio de todo, me aferré a pequeños objetos que representaban mi identidad. Traje algunos álbumes con fotos tomadas por mí, recuerdos familiares que hoy son fragmentos valiosos de lo que dejé. También traje una filipina de chef con el logo de un proyecto que soñé en Venezuela, y una figura de Jesús de la Misericordia, símbolo de fe para nuestra familia. Con el tiempo, sumé otros objetos significativos: una pintura de Maracaibo que me conecta con mis raíces, un bonsái hecho con material reciclado que representa resiliencia, y una pequeña Torre Eiffel que me regaló mi hija desde Francia, cargada de esperanza y añoranza de nuestro reencuentro.

Ecuador no estaba en mis planes, pero se convirtió en una oportunidad. Poco a poco, entre organizaciones, formación y redes de apoyo, comencé a reconstruirme. Hoy, lidero una organización que ayuda a personas de la comunidad LGBTQ+ que, como yo, necesitan apoyo al verse desplazados de su país.

Mi historia es la de muchas personas que tuvieron que irse de sus países: cambiarlo todo, soltar lo material, y descubrir que lo esencial permanece en lo que uno es, en lo que aprendió y en lo que aún puede construir.

**“Veo este proceso no como una pérdida, sino como una transformación.”**





# Osman, *Tulcán*

Nací en Colombia y durante muchos años construí mi vida alrededor del comercio. Desde joven fui emprendedor, pero con el tiempo logré consolidar un negocio propio de víveres y abarrotes al por mayor que me dio estabilidad durante casi diez años. Sin embargo, cuando el negocio comenzó a crecer, también empezaron los problemas. Llegaron las extorsiones, las “vacunas”, y cada vez me exigían más dinero.

Al principio traté de sostenerlo, pero llegó un punto en el que era imposible pagar todo: salarios, arriendos, proveedores y además el dinero que exigían. Decidí dejar de pagar y en cuestión de meses comenzaron las amenazas directas. Ahí entendí que debía irme. No había otra opción. Tuve que dejar todo lo que había construido, cerrar el negocio y salir del país.

Viajé primero hasta Pasto y luego en bus hasta Ecuador. Llegué a Tulcán en noviembre de 2022. Llegué prácticamente sin nada, con solo una maleta de ropa y la incertidumbre de no saber qué iba a pasar. Los primeros días fueron difíciles. No encontraba trabajo y la preocupación por mi familia - que había quedado en Colombia - era constante.

**“Tuve que dejar todo lo que había construido”.**

Gracias a organizaciones como ACNUR y otras entidades, el proceso fue un poco más llevadero. Me ayudaron con los documentos, vivienda y la alimentación mientras buscaba cómo salir adelante. Aun así, los primeros intentos fueron duros. Empecé vendiendo café con empanadas, pero había mucha competencia y casi no vendía. Llegué a ganar apenas unos dólares al día, lo que no era suficiente ni para sostenerme ni para enviar dinero a mi familia.

En ese momento recordé algo sencillo de mi infancia: la mazamorra de maíz que hacía mi mamá. Decidí intentarlo. Al principio tampoco funcionó, pero en lugar de rendirme, cambié la estrategia. Cuando no vendía, regalaba el producto. Así las personas probaron algo diferente y poco a poco comenzaron a comprar. Fue así como mi emprendimiento empezó a crecer.

Con el tiempo logré comprar un carrito, mejorar la presentación y hacer conocido mi producto. El “morocho” se volvió popular, y aquello que comenzó como una necesidad terminó convirtiéndose en mi principal fuente de ingreso.

Cuando logré estabilizarme un poco, lo primero que hice fue traer a mi familia. Eso fue lo más importante para mí, porque el momento más difícil de esta historia no fue empezar de cero, sino dejar a mis hijos. Incluso recuerdo que mi hija menor estaba dormida cuando salí, porque no fui capaz de despedirme.

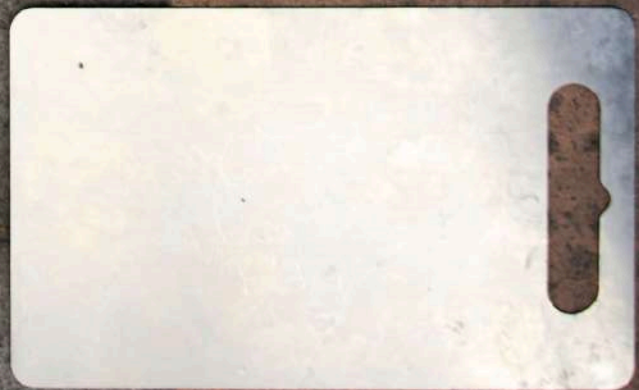
Hoy vivimos juntos en Ecuador. Mi esposa también trabaja conmigo y juntos hemos fortalecido el negocio, incorporando nuevos productos de la gastronomía colombiana. Nuestros hijos estudian aquí y están adaptados. Hemos recibido apoyo, pero también hemos construido todo con esfuerzo y constancia.

Si pienso en el futuro, me veo aquí. Quiero comprar un terreno, construir una casa y seguir creciendo con mi familia. Ecuador se convirtió en una oportunidad cuando más lo necesitaba.

Mi historia es la de empezar de nuevo sin nada, pero con la convicción de salir adelante. Porque cuando se pierde todo, lo único que queda es la capacidad de reinventarse.



# Norelis Manta



Nací en Venezuela y trabajaba como auxiliar de laboratorio. Mi rutina era sencilla pero feliz: llevaba a mi hijo a la escuela, cumplía con mi trabajo y regresaba a casa con la tranquilidad de una vida organizada. Nunca imaginé que tendría que dejarlo todo. Vine a Ecuador en el año 2016, junto a mi hijo y mi mamá. El plan era quedarnos dos meses y regresar.

Mi mamá estaba muy enferma, era diabética e hipertensa, y en Venezuela ya no conseguíamos medicamentos. Pensamos que aquí podía estabilizarse, pero al mes de haber llegado falleció. Ese momento cambió todo. Mi esposo me pidió que no regresara, que intentáramos quedarnos. Yo no lo tenía en mis planes, pero así empezó mi nueva vida.

Los primeros años fueron muy difíciles. Pasé casi dos años en depresión. No aceptaba lo que estaba viviendo, no era lo que soñé. Solo lloraba y lloraba. Fue el embarazo de mi hija lo que me ayudó a salir adelante. A partir de allí empecé a buscar qué hacer, cómo empezar de nuevo.

Nunca pensé en emprender. Todo comenzó por un antojo: quería yogur firme, como el de Venezuela. Empecé a hacerlo en casa y una amiga me animó a venderlo. Comencé con siete vasitos pequeños. Mi producto gustaba. Así empezó todo.

Cuando llegué, no traje cosas para empezar un negocio. En mi maleta solo había ropa de salida, ropa de paseo. No llevaba herramientas, ni equipos, ni nada pensado para quedarme. Con el tiempo entendí que lo realmente valioso no eran los objetos, sino lo que iba aprendiendo en el camino.

**“Con el tiempo entendí que lo realmente valioso no eran los objetos, sino lo que iba aprendiendo en el camino.”**



Poco a poco fui construyendo mi emprendimiento. Aprendí sobre formalización, saqué registro sanitario y mejoré mi producto. Lo que empezó con siete yogures se convirtió en una marca: Fred Mili. Elegí ese nombre combinando los nombres de mis hijos, porque ellos son mi motor.

Con esfuerzo logramos entrar a tiendas y crear alianzas. También abrimos un pequeño punto de venta. No ha sido fácil. Hubo momentos en que tuvimos que retroceder por pérdidas o dificultades del entorno, pero siempre seguimos adelante. Cada paso ha sido aprendizaje.

Con el tiempo, logramos traer al resto de mi familia. Hoy estamos todos juntos, algo que para mí es el mayor logro. También logramos comprar un terreno y construir nuestra casa poco a poco.

Ecuador se convirtió en nuestro hogar. Aquí descubrí una nueva versión de mí misma. Aprendí a emprender, a confiar otra vez y a reconstruir mi vida.

Hoy me veo creciendo, consolidando mi negocio, creando oportunidades para otros.

Entendí que, aunque no llegué con lo que soñé traer en mi maleta, sí traje lo más importante: la capacidad de empezar de nuevo.





# Rodrigo, *San Lorenzo*



Nací en el Valle del Cauca, en Colombia, y mi vida siempre estuvo marcada por el trabajo informal. Fui comerciante, vendedor ambulante, rebuscándome cada día para sostener a mi esposa y nuestros cuatro hijos. No había muchas oportunidades, y como muchos, aprendí a sobrevivir trabajando en la calle, vendiendo lo que fuera necesario.

Pero la situación en Colombia se volvió insostenible. Vivíamos bajo amenazas constantes, en un contexto de persecución política y violencia. Viví con el miedo, y entendí que quedarme podía costarme la vida. No siempre se tenían pruebas físicas de esas amenazas, pero el peligro era real.

Salí hacia Ecuador a inicios del año 2000 con dos de mis hijos. Llegamos a Tulcán buscando refugio, en medio de una situación muy difícil. Nos recibieron en casas compartidas, donde dormíamos junto a otros que venían huyendo, compartiendo comida y apoyándonos entre todos. Esa fue la primera lección: la comunidad como forma de resiliencia.

El camino no fue fácil. Nos movimos en bus, muchas veces de madrugada para evitar controles migratorios que podían terminar en detenciones o abusos.

**“Viajamos con lo mínimo... recuerdos que aún conservo porque son la conexión con lo que dejé atrás”.**

Viví varios años en Ibarra, donde intentamos establecernos. Pero allí también enfrentamos rechazo y xenofobia. A pesar de eso, me fui integrando, trabajando en lo que sabía hacer. Vendía sombreros, artículos de cuero, recorría pueblos cercanos buscando clientes. Incluso encontré una forma distinta de sobrevivir: contando historias a turistas sobre lugares como la laguna de Yahuarcocha, transformando el conocimiento en sustento.



Con el tiempo decidí venir a Esmeraldas, buscando mejores oportunidades. Aquí encontré un entorno más cercano culturalmente, donde la gente se parecía a la del Pacífico colombiano, donde la comida, las costumbres, el ambiente eran más familiares. Empecé nuevamente desde lo básico, vendiendo, trabajando, organizándome.

Poco a poco, junto con otros compañeros, fuimos construyendo algo más grande. Creamos una asociación y comenzamos a trabajar en proyectos comunitarios, especialmente una huerta agroecológica. Con apoyo de organizaciones y cooperación internacional, logramos sembrar, producir alimentos, compartirlos con la comunidad y enseñar que se puede vivir de manera más digna.

Hoy ese espacio representa más que un proyecto: es un símbolo de resistencia, de aprendizaje y de vida. Lo que empezó como necesidad se convirtió en conocimiento que ahora compartimos.

Si pienso en el futuro, mi sueño es volver a reunir a mi familia, tener un espacio propio, una pequeña finca donde pueda aplicar todo lo aprendido: cultivar, criar animales, vivir en paz. Un lugar que lleve el nombre de alguien que fue importante en mi vida, un lugar donde pueda cerrar el ciclo con dignidad.

**“Mi historia es la de un sobreviviente, pero también la de alguien que aprendió a transformar el dolor en propósito.”**





# ***Yuliana Esmeraldas***

Nací en el estado Aragua, en Venezuela, y durante muchos años salí adelante con lo que tenía. Trabajé en panaderías, en ventas en la calle, en todo lo que me permitiera sostener a mis hijas. Tenía un pequeño puesto donde vendía de todo: ropa, sandalias, correas. Era un trabajo duro, pero era lo que nos daba para vivir.

Con el tiempo la situación empeoró. Ya no alcanzaba para lo básico. Empezó a faltar la comida, y hubo días en que solo podíamos comer una vez. Mis hijas estaban muy delgadas, y eso fue lo que más me dolió. Yo sentía que, si me quedaba, ya no iba a poder darles un futuro.

Tomar la decisión de irme no fue fácil. Lo pensé muchas veces, pero el miedo era grande. No solo por separarme de mis hijas, sino porque el camino era incierto. Había escuchado de personas que morían cruzando, del frío, del hambre. Aun así, tuve que salir.

Me fui con una maleta sencilla donde llevaba lo poco que tenía: algo de ropa ligera, mis documentos, y mis herramientas de trabajo, como mis implementos de manicure, un secador y una plancha para el cabello. Eso representaba mi manera de empezar de nuevo.

Salí caminando hacia Colombia con mi pareja. Fueron días largos, bajo el sol, caminando sin descanso. No teníamos dinero, pero nunca nos faltó una mano. En el camino encontramos personas que nos dieron comida, nos ayudaron con transporte. Esa solidaridad fue lo que nos sostuvo hasta llegar.

En Colombia trabajé durante un tiempo, reuní algo de dinero y logré traer a mis hijas. Después decidimos venir a Ecuador, buscando una mejor oportunidad. Aquí también comenzamos desde cero. Llegamos sin muebles, sin cocina, sin nada. Una vecina nos prestó lo básico para poder empezar, y así poco a poco fuimos armando nuestro hogar.



**“Había escuchado de personas que morían cruzando, del frío, del hambre. Aun así, tuve que salir”.**

No ha sido fácil. He pasado momentos de trabajo y otros en los que no hay nada. Pero siempre he seguido adelante. Hoy tengo un pequeño emprendimiento: vendo empanadas y morocho, algo que aprendí gracias a una vecina que me enseñó cuando yo no sabía por dónde empezar. Ese pequeño negocio es lo que me permite sostener a mis hijas.

Aquí también encontré apoyo. He conocido personas buenas que me han ayudado, que han confiado en mí. Eso me ha permitido seguir creciendo y no rendirme.

Mi mayor sueño es darles a mis hijas un futuro mejor. Yo no pude terminar mis estudios, pero quiero que ellas sí lo hagan. Me esfuerzo cada día para que estudien, para que aprovechen las oportunidades que yo no tuve.

Mi meta sigue siendo la misma: tener una casa propia donde ellas estén seguras, donde tengan algo que nadie les quite.

Mi vida ha sido difícil, pero he aprendido que mientras haya fuerza para seguir, siempre hay esperanza.

No ha sido fácil. He pasado momentos de trabajo y otros en los que no hay nada. Pero siempre he seguido adelante. Hoy tengo un pequeño emprendimiento: vendo empanadas y morocho, algo que aprendí gracias a una vecina que me enseñó cuando yo no sabía por dónde empezar. Ese pequeño negocio es lo que me permite sostener a mis hijas.

Aquí también encontré apoyo. He conocido personas buenas que me han ayudado, que han confiado en mí. Eso me ha permitido seguir creciendo y no rendirme.

Mi mayor sueño es darles a mis hijas un futuro mejor. Yo no pude terminar mis estudios, pero quiero que ellas sí lo hagan. Me esfuerzo cada día para que estudien, para que aprovechen las oportunidades que yo no tuve.

Mi meta sigue siendo la misma: tener una casa propia donde ellas estén seguras, donde tengan algo que nadie les quite.

Mi vida ha sido difícil, pero he aprendido que mientras haya fuerza para seguir, siempre hay esperanza.

“Mientras haya fuerza para seguir, siempre hay esperanza.”



UN MUNDO POSIBLE  
¡Junto a ti!



# LA VIDA EN UNA MALETA

RELATOS DE DESPLAZAMIENTO EN ECUADOR



**UNHCR**  
**ACNUR**  
La Agencia de la ONU  
para los Refugiados

día mundial del  
**refugiado**